

LA SOLICITUD, EL CARIÑO Y EL AMOR DEL PADRE ANDRÉS COINDRE POR SUS HERMANOS



Después de haber fundado la Congregación de los Hermanos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, el 30 de septiembre de 1821 (Hermanos del Sagrado Corazón desde 1894), el Padre Andrés Coindre siguió predicando Misiones parroquiales con otros sacerdotes de la Sociedad de los Misioneros de la Cruz de Jesús de la diócesis de Lyon.

Como tenía que ausentarse a menudo, mantuvo una “correspondencia frecuente” con el Hermano Borja, Director de la Providencia del Pío Socorro de Lyon desde 1821 y Director general de los Hermanos desde 1824. Con esta correspondencia, quería permanecer en estrecha relación con sus Hermanos y acompañarles en los comienzos de la congregación.

El Hermano Javier escribió en sus Memorias: “El buen Padre quería estar siempre al corriente de todo; exigía que el Director general le escribiera dos veces por semana y que le contase todo; él le respondía puntualmente y le daba todos los consejos que creía necesarios; empleaba una parte de su tiempo de descanso para esto, porque durante el día no tenía tiempo: la predicación y las confesiones consumían de ordinario todo su tiempo”.

Aludiendo a la marcha del Padre Coindre a Blois, el Hermano Javier escribió también en sus Memorias: “Aunque se había ido lejos y sus ocupaciones eran todavía mayores, no suspendió su correspondencia frecuente por cartas con el Director general”.

Después de esta breve introducción, trataré de demostrar en las cartas del Padre Andrés Coindre al Hermano Borja las huellas de su solicitud, su cariño y su amor por sus Hermanos.



Cuatro semanas después de haber fundado su congregación de Hermanos, el Padre Andrés Coindre, tuvo que ausentarse de Lyon para dirigir la Misión de Saint-Didier-sur-Rochefort. En esta pequeña ciudad escribió sus dos primeras cartas al Hermano Borja. En la primera, el 3 de noviembre de 1821, expresa de la manera más conmovedora el dolor de la separación y su compromiso en la obra que ha emprendido: “Desde que me fui del establecimiento [la Providencia del Pío Socorro de Lyon], los días se me hacen años y las semanas, siglos. Día y noche pienso en usted. Le veo metido en mil aprietos y no sé de cuáles debo hablarle para ayudarle a superarlos y a dirigir perfectamente sus asuntos”.

Al final de esta misma carta le decía: “Espero sus cartas con mucho interés. Deseo que nada le desaliente ni le desmoralice. Así duplicaré mis fuerzas para trabajar por la salvación de las almas y compartiré conmigo el mérito ya que aligeraré mis preocupaciones”.

El Padre Andrés pensaba en los Hermanos, en los novicios, en los alumnos. Por eso le dice al Hermano Borja: “Varias asuntos deben preocuparle: nuestros queridos Hermanos, los novicios, los alumnos, el trabajo de éstos, etc.”.

Hablando de los novicios, el Padre Coindre decía: “Los novicios requieren una gran atención de su parte. Incúlqueles el desprendimiento, la obediencia, la humildad, y dulcifique todo actuando con mucha condescendencia, mansedumbre y caridad. Será preciso que se entreviste a menudo con ellos para reconfortarles y animarles”.

En estas recomendaciones que Andrés Coindre da al Hermano Borja, podemos percibir la señal de su gran interés por los novicios y, en definitiva, por el bien de la congregación. Diciéndole que es necesario que encuentre tiempo para estar con ellos, para hablar con ellos y que “dulcifique todo actuando con mucha condescendencia, mansedumbre y caridad”, parece querer decir que hay que crear las condiciones de vida que cada uno necesita para crecer humana y espiritualmente.

El Padre Andrés Coindre es consciente de todo esto. Por eso, en su primera carta, da al Hermano Borja indicaciones concretas sobre la manera de dirigir a los novicios y los cuidados que debe proporcionarles. Pocos días después de su instalación en Monistrol (noviembre de 1822), les encontrará un sitio en el colegio-seminario de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús y unos meses después (1 de mayo de 1823), una casa más acorde a esta etapa de formación, con su Maestro de novicios, su capellán y su profesor de gramática.

En su tercera carta al Hermano Borja, escrita en la pequeña ciudad de Anse, el 10 de enero de 1822, mientras predicaba la Misión, dice claramente a los Hermanos lo que piensa de su conducta y los pone ante las exigencias que estima necesarias, pero diciéndoles también que los ama tiernamente: “Es verdad que fui duro en mis palabras. Lo hice adrede porque veía a los Hermanos demasiado tranquilos mientras yo estaba tan preocupado por ellos y por nuestros chicos; intenté espolearlos, pero no quise desanimarlos; los amo a todos tiernamente”.

En esta misma carta, unas líneas más abajo, pide que todos se preocupen por el bien de la congregación, pero al mismo tiempo muestra su confianza en la Providencia y en sus Hermanos, su generosidad sin límites, su amor: “Es necesario que todos se preocupen por el bien de la obra, pero que nadie se desanime ni se atormente. La Providencia nos ampara. Desde hace cuatro años ha venido en mi ayuda cuando no me quedaba nada, y cuando me envió a mis queridos Hermanos no fue para echarlo todo a perder. Estoy totalmente convencido de que si nuestros Hermanos son santos y trabajadores nuestra congregación no desaparecerá jamás. Estoy dispuesto a vender hasta la última de mis camisas antes de dejarles que se dispersen, si se hacen dignos de la gran obra que han emprendido; y me encontrarán siempre en cabeza llevando la carga más pesada”.

El Padre Andrés Coindre manifiesta su solicitud, su preocupación, su interés por el bien de la congregación y pide a sus Hermanos esta misma solicitud: “Que todos pongan, según puedan, el más intenso y el más activo interés en todas las cosas. Que nadie se duerma ni crea que tal o cual desorden no es asunto suyo. Con la vigilancia y la solicitud lo conseguiremos todo”.

En su carta del 29 de abril de 1823, muestra todavía más claramente su solicitud para con el Hermano Borja y le garantiza su apoyo: “Cuénteme sus penas; yo le escribiré para disiparlas y darle mis consejos. La Madre [María de] San Ignacio [Claudina Thévenet] solicita mi ayuda más a menudo que usted. Ella encuentra siempre algo que preguntar y yo, algo para responderle. Haré lo mismo con usted cuando me abra su corazón y el de nuestros Hermanos”.

El Padre Coindre pide al Hermano Borja que cuide el vestido, la limpieza y la salud de los Hermanos: “No deje que los Hermanos lleven zapatos manchados, camisas sucias, sombreros

mugrientos. Que su rostro, sus manos, toda su persona, estén limpios. Mande hacer camisas y sotanas para los que les hace falta. Cuiden mucho la salud del Hermano Benito. La enfermedad de sus Hermanos proviene quizás de que no toman suficientemente el aire y no hacen suficiente ejercicio. Examine eso”. **Estas expresiones muestran con claridad la preocupación, el interés del Padre Coindre por la salud y las necesidades de los Hermanos. Tenemos aquí la prueba de su solicitud y de su amor por ellos.**

Quiere responder a las peticiones de Hermanos para abrir escuelas en los pueblos, por eso pide al Hermano Borja que apresure la preparación de los que se dedicarán a la enseñanza: “En cuanto a los Hermanos Ignacio y Eugenio, procure que sus clases de escritura se hagan puntualmente. Ya le dije algo sobre esto y usted seguramente no me entendió bien, puesto que le causó una cierta aflicción. Dije o quise decir, que había que apresurar la formación de los que se van a dedicar a la enseñanza”.

En la última frase de este párrafo encuentro un rasgo que subraya la gran delicadeza del Padre Andrés Coindre en sus relaciones con el Hermano Borja. “Dije o quise decir”, deja entender que quizás no se ha expresado bien. Es la humildad, es la delicadeza, es el amor compasivo del Padre Andrés Coindre lo que se manifiesta en el fondo de esta expresión.

Después de haber dirigido la Misión de Monistrol, la primera como Superior de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús de Monistrol de la diócesis de Le Puy (del 5 de febrero al 21 de marzo de 1823), el Padre Coindre hizo un viaje a Lyon, pero apremiado por muchos asuntos, no pudo conversar detenidamente con el Hermano Borja. Por eso, pocos días después le escribió una nueva carta en la que podemos ver que llevaba en su corazón compasivo los sufrimientos del Hermano Borja y que estaba animado de un gran amor pastoral hacia él; **manifiesta sentimientos de agradecimiento y de afecto casi maternos**: “Recibí con gran alegría su última carta. Estaba muy apenado por no haber podido conversar detenidamente con usted antes de irme; las penas y los disgustos que usted había tenido pesaban mucho en el plan de mi viaje a Lyon y me marché sin haber oído el grito de su corazón. Ya que usted sigue siendo el bueno e inquebrantable Hermano Director, reciba mi agradecimiento y cuente conmigo como con el más entrañable de sus amigos y como con el padre más interesado por su santificación y su felicidad”.

El Padre Coindre escribía al Hermano Borja para animarle en el cumplimiento de su misión: “Mi querido Hermano Borja, ánimo en medio de sus dificultades. Cuento con usted tanto como conmigo mismo. Su entusiasmo me encanta. Espero que, pase lo que pase, usted sea el hombre con el que yo pueda contar, y que sirvamos juntos a Dios hasta nuestro último suspiro. Mi querido Hermano y entrañable amigo, Dios hará algo grande con usted. Él ama a los sencillos, a los humildes, a los sacrificados, y espero que usted sea siempre de éstos con la ayuda de su gracia. Ánimo y confianza, éste es mi lema”.

El Padre Andrés sabía que el Hermano Borja necesitaba no solamente que le animaran, sino también que le tranquilizaran y le reconfortaran; por eso no duda en darle muchas razones para animarle a perseverar en el estado de vida que ha abrazado y para apaciguar sus inquietudes: “Sí, usted está donde Dios le quiere. Podría pensar que no le quiere ahí, si fuese el último Hermano de la congregación que quedara; pero mientras queden algunos, usted debe ver su vocación confirmada por la protección de la Providencia. Ánimo, pues, querido Hermano. Usted hace el bien; esté tranquilo. Nadie le quitará su mérito ante Dios. La admisión de todos vuestros chicos por el párroco para la primera comunión demuestra que los habéis formado y educado bien; éste es uno de los grandes bienes de vuestro apostolado que debe confortaros siempre a todos en todas vuestras penas. Cuando uno ha hecho todo lo que estaba a su alcance y lo mejor que ha podido, ha cumplido con su deber. Es absurdo querer hacer más de lo que uno puede. Dios no nos lo puede exigir”.

Insiste mucho en estas ideas en algunas de sus cartas: “Yo no estoy descontento de usted. Tiene sus defectos, y ¿quién no los tiene? Los jóvenes que usted educa no olvidarán sus enseñanzas ni sus virtudes, aunque hoy día no le den demasiadas satisfacciones. Quedará más de lo que usted piensa. Querido amigo, ¿no hace usted lo que puede? Si pudiera hacerlo mejor, ¿no lo haría? ¿Cómo se puede ser culpable cuando se hace todo lo que se sabe y todo lo que se puede? Cuando uno hace todo lo que puede, hace todo lo que debe. El deseo de instruir, edificar y salvar al prójimo es lo que Dios nos pide por encima de todo”. Y para dar más fuerza a sus palabras, Andrés Coindre cita las palabras del profeta Daniel: “Los que instruyan a otros brillarán como las estrellas por toda la eternidad”.

No se cansa de manifestarle su apoyo para tranquilizarle: “Yo no le exigiré nunca más que lo que esté a su alcance y sea justo. Ábrame su corazón y, con la ayuda de Dios, podré darle buenos consejos. Cuando la carga sea tan pesada que usted no pueda soportarla ni física ni moralmente, yo no dejaré que le aplaste. Tarde o temprano tendremos algún consuelo por nuestros sacrificios y también algún descanso. ¡Viva Jesús! ¡Viva su Cruz!”. **Creo que las expresiones precedentes revelan la fuerte implicación del Padre Coindre en las tareas del Hermano Borja y muestran claramente su generosidad y su preocupación por sus Hermanos y por el bien de su congregación.**

El Hermano Borja escribía al Padre Andrés diciéndole que las cosas iban mal, que los Hermanos no cumplían bien con su deber, que no observaban bien la Regla, etc. En su magnífica carta de mayo de 1823, ¿cuáles eran las respuestas del Padre Andrés Coindre a las declaraciones pesimistas de su “muy querido y muy amado” Hermano Borja?: “Hay una gran muestra de bien en nuestra obra. Dios hizo el mundo en seis días para enseñarnos que se necesita tiempo para todo. El deseo de lo mejor no debe llevarnos a olvidar lo bueno. Los Hermanos cumplen todavía lo esencial. El hombre es como un pobre reloj al que hay que dar cuerda todos los días con una cierta destreza. ¡Cuántos servicios nos prestan los Hermanos Agustín, Bernardo, Bartolomé, Claudio, etc.! No pidamos nunca a los hombres más de lo que pueden. Utilicemos lo que tienen de bueno en la medida de lo posible y contentémonos”. **Estas respuestas dadas por el Padre Andrés Coindre a las quejas del Hermano Borja, prueban su realismo, su mirada optimista sobre la obra de la congregación, su conocimiento de la debilidad humana, su valoración del servicio de los Hermanos y su grandeza de alma.**

El Padre Coindre se alegra del progreso de los Hermanos y le dice al Hermano Borja que les dirija palabras de ánimo: “La obediencia y la piedad del Hermano Juan Bautista me encantan; será el apoyo del buen Hermano Javier. Unas palabritas de ánimo de mi parte para el Hermanito Luis que parece llevar a cabo bien su trabajo. Haga saber a nuestros queridos Hermanos el gran cariño les tengo a todos y lo mucho que cuento con su perseverancia y con sus oraciones”. **Creo que estas expresiones muestran, una vez más, el cariño y el amor de Andrés Coindre por sus Hermanos.**

Al responder a las cartas del Hermano Borja, manifiesta su cordialidad y expresa claramente sus sentimientos de agradecimiento, afecto y amor: “Estoy contento con su correspondencia. Con su carta del 16 de enero me ha demostrado que aprecia lo que siento por usted y por nuestros queridos Hermanos. Las noticias que me ha dado en sus últimas cartas me han proporcionado una gran satisfacción. Le agradezco la felicitación que me mandó para el día de mi santo”.

Vemos que las cartas intercambiadas entre el Padre Coindre y el Hermano Borja estrechan sus lazos de amistad y de amor. Andrés Coindre muestra su inalterable y sincera amistad con el Hermano Borja y mantiene relaciones fraternas con él hasta el final de su vida.

En la última carta que tenemos del Padre Andrés Coindre, la del 3 de mayo de 1826, 27 días antes de su muerte, anunciaba su intención de desplazarse a Lyon durante las vacaciones del verano de 1826. Tenía proyectos para su congregación de Hermanos: apertura de nuevas escuelas, preparación

de una Regla de vida más completa que la de 1821, desarrollo de una espiritualidad propia de la congregación, etc. Podemos observar algunos rasgos de esta espiritualidad en sus cartas; pero, desgraciadamente, esta “espiritualidad naciente” no llegó muy lejos a causa de su prematura muerte. En todo caso, su solicitud y su gran interés por el bien y el progreso de la Congregación de los Hermanos del Sagrado Corazón permanecieron intactos hasta su muerte.

Como San Pablo a los cristianos de Roma, creo que el Padre Andrés Coindre podía decir a sus Hermanos: “Dios, a quien sirvo con toda mi alma anunciando el Evangelio de su Hijo, es testigo de que me acuerdo de vosotros continuamente” (Rom 1, 9).

Podemos decir que a pesar de sus muchos trabajos y ocupaciones, primero como Misionero de la Sociedad de la Cruz de Jesús de Lyon, luego como Superior de los Misioneros del Sagrado Corazón de Jesús de Monistrol y los últimos meses de su vida como Superior del Seminario mayor de Blois, Andrés Coindre encontró tiempo para escribir al Hermano Borja y a otros Hermanos, y también a la Madre Claudina Thévenet. Algunas de sus cartas son verdaderamente largas, pero los asuntos tratados interesaban a su destinatario y le orientaban en el desarrollo de su misión. **Si el Padre Andrés Coindre no hubiera amado a sus Hermanos, no habría escrito unas cartas tan extraordinarias y afectuosas al Hermano Borja.**

En su preciosa correspondencia podemos adivinar fácilmente los buenos sentimientos de su corazón. **Andrés Coindre aparece como el mejor de los padres y el más condescendiente de los hombres, como un ser animado de una fe profunda y de una mirada realista, positiva y llena de confianza en las personas.**

En medio de sus problemas y dificultades, se comprometió con Dios y con los hombres con un entusiasmo verdaderamente comunicativo. Haciendo honor al significado del nombre que recibió en su bautismo (Andrés = valiente), afrontó las dificultades y las oposiciones con un valor admirable y manifestó una generosidad impresionante. Enteramente consagrado a Dios y a los hombres, el Padre Andrés Coindre no calculó ni su tiempo ni su dinero. Sacrificó su descanso, su salud, su vida al servicio de Dios y en favor de los pobres, los huérfanos, los prisioneros, los desamparados.

La solicitud del Padre Andrés por sus Hermanos fue desinteresada y sin reservas; su fidelidad no se desmintió jamás. Participó en sus alegrías y en sus penas y se implicó muy profundamente en su vida concreta. Como un buen Superior, se sintió responsable de sus Hermanos ante Dios e hizo todo lo pudo por ellos.

El Padre Andrés Coindre tenía un corazón tan desbordante de bondad, era tan compasivo, que sabía relativizar las faltas y resaltar lo que hay de mejor en el corazón de los demás. Sabía que hay que dejar obrar a Dios, pues es Él quien da el fruto de nuestro trabajo a su tiempo y según sus propios designios.

Su optimismo estaba enraizado en su esperanza y su fe cristianas. Veía los problemas y se daba cuenta de las dificultades a superar para llegar al objetivo, pero no se abandonaba nunca a las lamentaciones; su fe le conducía a la acción, al servicio. Estaba convencido de que “las ideas no están hechas para ser pensadas, sino vividas”. Por eso creó Providencias y abrió escuelas para los huérfanos, los presos, los abandonados, los pobres. Dio un sentido a su vida haciendo de ella una existencia para los demás.



“La gloria de Dios es que el hombre viva”, escribía San Ireneo de Lyon. Amar es hacer vivir al otro; es hacerle surgir resucitado; es ponerlo de pie. Es lo que hizo el Padre Andrés Coindre durante toda su

vida. Es lo que espera de nosotros en nuestro trabajo con los niños, con los jóvenes y con las personas de nuestro entorno.

El Padre Andrés Coindre recogió a dos niñas abandonadas en las calles de Lyon y abrió una Providencia para ellas y otras que fueron acogidas posteriormente. Abrió también otra Providencia para acoger a chicos pobres, huérfanos, desamparados y presos jóvenes a la salida de la cárcel. Abrió escuelas para “formar a los niños y a los jóvenes en el amor de la virtud y del trabajo, sustraerlos de la ignorancia y prepararlos para la vida”.

¿Cómo hablar de Andrés Coindre sin pasión? Predicador eminente, misionero infatigable, iniciador de obras caritativas y apostólicas, fundador de congregaciones, escritor de cartas para aconsejar, orientar, animar, tranquilizar y reconfortar. Toda su vida estuvo marcada por el deseo de responder sin reservas a lo que Dios y los hombres le pidieron. Y lo hizo con audacia y coraje, con confianza, convencimiento y determinación. Su vida es una llamada a una conversión profunda de nuestros pensamientos y de nuestra acción.

He de confesar que mientras leía y releía sus cartas, el espíritu del Padre Andrés Coindre ejercía en mí un cierto encanto. Creo que comencé admirándolo y terminé amándolo. El Padre Andrés ha llegado a ser para mí como un padre y, al mismo tiempo, como un amigo muy querido. La lectura de sus cartas ha engendrado en mí un afecto semejante al que se experimenta con respecto a un amigo con el que se ha compartido alegrías y penas, ideas y proyectos.

Las ideas y los proyectos del Padre Andrés Coindre nos conciernen muy directamente a todos los Hermanos del Sagrado Corazón y a toda la familia corazonista. Debemos “continuar propagando el Amor del Corazón de Jesús” en el mundo. Debemos trabajar con determinación por un mundo más humano y más fraterno para todos. Ésta es nuestra responsabilidad.

Hoy como ayer, el Padre Andrés Coindre nos invita a permanecer a la escucha, a soñar, a hacer nuestro camino, a proseguir la historia, a hacer nuevos proyectos, a abrir nuevos caminos, a mantener el ánimo y la confianza.

En referencia al Padre Andrés Coindre, quiera Dios que podamos aplicarnos las palabras de San Pablo a los Tesalonicenses: “En presencia de nuestro Dios y Padre, nos acordamos muy a menudo de vuestra fe activa, de vuestro amor eficaz, y de vuestra perseverante esperanza en nuestro Señor Jesucristo” (1 Tes 1, 3).

Que el recuerdo de la solicitud, el cariño y el amor del Padre Andrés Coindre por sus Hermanos y la gracia de Dios nos ayuden a dar testimonio de una fe viva y audaz, de una esperanza firme y de un amor ingenioso.

Jesús Ortigosa, s. c.

Lyon, 30 de septiembre de 2006,

Madrid, 17 de diciembre de 2020.